

gran establecimiento de trapería que ocupa uno de los más amplios locales de la Ribera de Curtidores. Es sencillamente grandioso. Causa admiración y maravilla ver los enormes cargamentos de trapos que centenares de mujeres escogen y reparten en las cuatro categorías de lana, algodón, hilo y seda, para ser reexpedidos adonde otras manos labren con ellos nuevas industrias. Viérais en otra zona del Rastro ó Las Américas enormes carros de cuernos, que pasarán á ser botones, peines y diferentes objetos de celuloide. Además de estas industrias, cuya materia prima sale del Rastro, hay otras que allí mismo se desarrollan. En no sé qué república de las Américas vi grandes almacenes de puertas y ventanas procedentes de derribos, que se utilizan luego en nuevas construcciones. De esta república pasé á otra en que me vi sorprendido por un escuadrón de caballería, apestando á pintura reciente: era una fábrica de caballos de cartón, deleite de los chiquillos; también vi muchedumbre de «Peponas» en cueros, muy encarnadas y rollizas. No quiero llevaros conmigo á los talleres de curtidos, desagradables y malolientes, como toda industria que se elabora con los despojos del Matadero; pero sí me acompañaréis á la más pere-

grina industria que existe en aquellos lugares: la fábrica de cuerdas de guitarra y violín. Éstas se hacen, como sabéis, con tripas de cabra, y es de ver al jayán que corta las tripas en delgados hilos y luego los estira y los tuerce. Contemplando aquellos trabajos una y otra vez, me lancé á un estudio extravagante que arrancaba de la brutalidad del matarife y concluía en el taller de Stradivarius. ¡Extraña concomitancia de las tripas de un rumiante y el pentagrama donde Beethoven escribió el delicioso andante con variaciones de la *Sonata de Kreutzer!*

También en aquella demarcación madrileña del Rastro, Inclusa y Embajadores entretuve mis ocios cultivando trato con personas residentes en calles donde moraba el encanto y el misterio de seres imaginarios. Citaré las calles de Rodes, Pasión, Abades, Juanelo, Carnero y otras muchas más que mis amigos conocen.

* * *

Ronda de Embajadores, Lavapiés, las Peñuelas. Continuando por aquí mis estudios, celebro una conferencia histórica con el famoso «Cojo de las Peñuelas», figura imponente de la Milicia Nacional en los tiempos revolucionarios, y disertamos sobre uno de los temas más oscuros de la historia contemporánea: la muerte alevo-
sa que dieron al general Prim en la calle del Turco media docena de hombres atacados de exaltación patrioter. De este mismo asunto terrorista platicué días antes con Balbona, que antaño despachaba en la calle de Toledo los mejores vinos de Méntrida y Valdepeñas, y años

adelante me ilustró sobre lo mismo, con notas muy eruditas, un mi amigo que en nuestros días ha tenido un acreditado despacho de carnes en la calle de la Ruda.

Pero cierro bruscamente la espita de estos recuerdos lúgubres, y conduzco á mi memoria por derroteros más encaminados al placentero fin de esta conferencia... Déjenme huronear en la vida familiar de la gente del bronce de estos barrios, que he conocido muy de cerca. En mis tiempos de estudiante aplicado, y ansioso de conocimientos demográficos, me hice amigo del administrador de casas de corredor de estos arrabales, con objeto de acompañarle los domingos cuando iba á la cobranza de los míseros alquileres que se exigen á los inquilinos por el reducido espacio de sus viviendas. ¡Oh, qué escenas vi! ¡Qué protestas escuché! ¡Qué repulsas airadas, cuánto dolor silencioso, cuántos gemidos iracundos y qué lastimado quedó mi corazón ante aquel hierro candente que la rigurosa propiedad aplicaba en las carnes desnudas de las clases menesterosas! Hubiera yo querido ser el «buen casero» de la Petra y la Juana, para redimir á todos aquellos infelices del duro tributo del pago de alquileres...

Una tarde, al salir cansado y muy soñoliento de una de aquellas casas en que sometí á tan duras pruebas mis humanitarios sentimientos, encontré junto á la puerta de la calle á un señor que charlaba jovialmente con una vendedora de gallinejas. El lenguaje de ambos me cautivó: era en la boca del caballero una prosa urbana, graciosa, con ligeras inflexiones picantes, y en la boca de la Tía Chiripa un enjuagatorio y escupitajo de sílabas esquinadas mezcladas con guindillas. Agregáronse á la vendedora algunas vejanconas de aspecto famélico y chiquillos desvergonzados; y el caballero, cogiéndome del brazo, me llevó consigo, diciéndome: «Ven conmigo, petimetre: acompáñame un rato; voy á visitar á una tal doña María Estropajo, criada de servir que se ha casado con su amo. Si te gusta estudiar á esta gente, en esa familia encontrarás tipos muy donosos, créeme.» Ayer estaba yo en su casa, cuando entraron los padres de doña María, que son completamente cerriles. El padre se llegó á su yerno y, abrazándole, le dijo: «Ven acá, so burro, hijo mío.» Soltó el caballero la risa, apretándome la mano; la suya era fría como el mármol... Sentí estremecimiento en todos mis huesos, y, como suele

decirse en los cuentos de ensoñación, desperté, encontrándome sentado en un banco de la Plaza de Lavapiés.

No era la primera vez que, trotando por aquellos arrabales, había yo tenido la visión del prodigioso sainetero madrileño D. Ramón de la Cruz, que ha perpetuado la vida de los tiempos majos en sus obras inmortales. Era mi pesadilla: yo le consideraba, no como pintor, sino como creador de la pintoresca humanidad que puebla la zona baja de Madrid, y cuando mis estudios me llevaban á intimar espiritualmente con entes imaginarios de aquel vecindario, evocaba el castizo ingenio de D. Ramón para que me asistiese y amparase, prestándome algunos adarques de su peregrina realidad y de su saladísimo desenfado.

* * *

Desde las Vistillas al Hospital, desde las Injurias á las Peñuelas, á los Pozos de la Nieve y desde San Cayetano á San Sebastián, lo que me daba más quebraderos de cabeza era el dominio del lenguaje majo, chulesco ó como se le quiera llamar. La característica del léxico popular de Madrid ha sido la invención continua de voces y modismos. He observado que en la época chulesca la inventiva es más fecunda y el léxico más rico que en el período de la majeza; dijérase que la primera época es castiza y tiende á la conservación de las formas verbales; la segunda, decadentista, con tendencia al desenfreno del

individualismo aplicado al lenguaje. Las modas de hablar cunden prodigiosamente, y luego viene una tercera época, cuya característica es la mutilación de las palabras más usuales: el estilo telegráfico, la economía de saliva. La época intermedia es, á mi juicio, la mejor, la más galana y expresiva.

Ante la parroquia de San Sebastián contemplo un rato la imagen de mi amigo el santo mártir acribillado de saetas, que desde su hornacina parece invitar á sus fieles madrileños á entrar en la iglesia. Obedezco, que es muy de mi gusto escudriñar los templos madrileños, y me voy derecho á echar un vistazo á Nuestra Señora de la Novena, objeto de mi peculiar veneración, como Patrona que es del Teatro y especial guardiana de los que viven de la Farándula. Preciosa estaba la Virgen, ornado su altar de ramos de flores (con que la ofrendan las cómicas en agradecimiento de los aplausos que han recibido); á su lado estaban los simpáticos actores San Ginés y San Juan Bueno, que subieron al cielo después de pisar los escenarios, saboreando el aplauso y soportando las veleidades del público y el escalpelo de los críticos...

Por el patio, que fué cementerio y hoy es un

mercado de flores, salgo á la calle de las Huertas y me encamino al barrio que llaman de Comediantes, por la proximidad del Corral de la Pacheca; paso por lo que fué residencia del Consejo de la Mesta y me detengo delante de la casa del Nuevo Rezado, que ha venido á ser Academia de la Historia; tuerzo á la izquierda para visitar las dos calles que llevan los nombres más excelsos de nuestra literatura, que antaño se llamaban de Francos la una y de Cantarranas la otra; en la primera vivieron Lope de Vega y Cervantes, el primero en casa propia, que todavía existe, morada risueña y coquetona de un prócer de las letras; el segundo en casa de alquiler, que desconocemos, porque fué derribada en tiempo de Fernando VII, dejando su sitio al vulgarísimo edificio de cuatro pisos que hoy lleva el número 2, y sobre su puerta una lápida con el busto de Cervantes y una inscripción, que es, en realidad, como epitafio de un sepulcro vacío.

Si contrastan las dos viviendas, la una real y permanente, la otra figurada y sobrepuesta, no es menor el contraste entre la vida de uno y otro ingenio. Lope gozó hasta su muerte de galardón público, que mereció su numen fecundi-

simo, su invención inagotable, la galanura de sus versos; conoció y saboreó la gloria hasta saciarse de ella, y pudo vislumbrar los reflejos de su fama en la posteridad; vivió aplaudido y celebrado por sus coetáneos, festejado del vulgo, bienquisto de la nobleza; disfrutó plenamente de cuantos placeres ofrece la existencia humana al que sabe buscarlos; ortodoxo, correctísimo y dogmático intachable, fué un amoral decidido en la incierta religión de las costumbres de aquel tiempo; se divirtió, gozó y triunfó cuanto quiso, con indecible donaire y sutileza, pues nadie le igualó en urbanidad, en gracia y elegancia.

Cervantes, por el contrario, poco tuvo que agradecer al Destino, y menos á sus contemporáneos. Mutilado en Lepanto, cautivo en Argel, desdichado en Sevilla, en la Mancha, en Madrid, en Valladolid, y aun en Esquivias, fué siempre pobre, y su jerarquía social no fué más allá de la que goza un triste ejecutor del Fisco. Desestimado de los poetas, no le valió su soberanía incontestable de la prosa para alcanzar el aura popular. No pudo embriagarse de gloria; sí lo hizo de amargores y desengaños, y aunque éstos engendraron en su espíritu la suprema creación

del *Quijote*, no llegó á gustar la vanagloria de esta paternidad sino á medias, como barrunto de la excelsitud que la posteridad había de dar á su nombre.

Con más fervor que en la calle de Francos evocamos la sombra de Cervantes en la próxima calle de Cantarranas, ante el convento de las Trinitarias, donde el príncipe de nuestras letras tuvo su sepultura, por demás ancha y perpetua, como que es la fosa común. La humanitaria fundación de San Pedro Nolasco, que sacó á Cervantes del cautiverio de Argel, acogió los pobres huesos del que fué cautivo y mártir de su asendereada existencia, y si no le dió enterramiento aislado, con el debido epitafio, fué porque tales honores no se concedían entonces sino á personas de altísimo linaje y fuero social ó político. El Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, que murió en olor de gloria póstuma, yace en la fosa común de San Sebastián; y si Calderón de la Barca gozó el privilegio de dormir el sueño eterno en cama propia, fué debido á su calidad de «presbítero natural de Madrid».

Volviendo á las Trinitarias, me atrevo á sostener que no hay en Madrid un convento más simpático que este de la calle de Cantarranas.

La verja, de torneados barrotes de madera, da ingreso á la iglesia, que rara vez encontraréis abierta. Preferid para visitarla el 23 de Abril, día de la solemnidad religiosa que allí celebran las monjitas académicas. No habéis visto un recinto más apacible ni de más dulce y poética ensoñación. En el centro de la iglesia se eleva un túmulo muy elegante, donde campea un ejemplar lujosamente encuadernado del inmortal *Quijote*. La misa no se parece á ninguna otra misa: danle gravedad los curas en el altar; tras la verja del coro, préstanle dulce poesía los cánticos de las invisibles religiosas. El público es escaso: sólo van los académicos y las personas por ellos invitadas. Terminado el acto pasamos al locutorio, donde toda la comunidad, presidida por la priora, recibe á los señores académicos y se entablan con ellos, al través de las rejas, pláticas donosas y gratas, ajustadas á lo que el lugar exige y á la condición de las personas que allí cambian exquisitas demostraciones de acatamiento. Antes de presenciar aquella hermosa escena, la santa casa me había parecido (y perdónenme sus nobles moradoras) un convento de muñecas, por lo lindo, callado, chiquito, bien apañadito é infantil; pero después del agra-

dable rato del locutorio, mis impresiones variaron totalmente. Los académicos mezclaban en la conversación temas religiosos, y las damas de la Redención de Cautivos devolvían los conceptos, dándoles un gallardo giro literario y académico. Allí se habló del nuevo «Diccionario», de los premios que se adjudicarían en las sesiones de Pascua, de la función solemne que las monjitas preparaban en la festividad de Pentecostés, de las sensibles vacantes ocurridas en la docta corporación por fallecimiento de ilustres personalidades, de la nueva efigie de San Pedro Nolasco que pensaban inaugurar las monjitas en el próximo Enero, y de otros mil deliciosos asuntos tocantes á la vida conventual y al vivir académico... Encantado me dejó el buen tono, entreverado de la rigidez académica y del donaire dulcemente mundano de las esposas del Señor.

¡Adiós, Cervantes mío; buen coro de divinas pastoras guardan tus amados huesos!

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO REYES"
Apdo. JOSÉ MONTEROS, MÉXICO

Me voy, me voy; es tarde, señores míos, y temeroso de fatigaros quiero llegar con pie ligero al término de mi conferencia... Corro hacia el Prado. Saludo al Botánico sombrero en mano; para saludar al inmenso Museo necesito quitarme el cráneo, la masa encefálica. Neptuno, Dos de Mayo, fuente de Apolo, no puedo detenerme más: me urge ofrecer mis respetos á la diosa Cibele, á quien profeso particular afecto y veneración. ¡Oh deidad tutelar de Madrid; tu hermosura no desmerece con los años! Cuando estabas en tu emplazamiento primitivo, un día de Diciembre de 1808, ¿te acuerdas?, pasó junto

á ti Napoleón I, que con brillantísimo séquito venía de Chamartín de la Rosa para visitar á su hermano José. El capitán del siglo se fijó en ti, pasmado de tu belleza, y te piropeó de lo lindo... Desde entonces acá, cuántos requiebros y chicoleos habrás oído, ¡reina honoraria de Madrid! Desde hace poco tiempo has cambiado de sitio, y estás muy bien azuzando á tus leones para que te suban por la calle de Alcalá. Me parece muy bien. Es la caída de la tarde: la calle está intransitable; tranvías, automóviles y coches suben y bajan; por las dos aceras veo dos hinchados ríos de transeuntes... Estoy fatigadísimo: he recorrido en poco tiempo todo el Madrid del Sur de punta á punta. ¿Quieres llevarme contigo?... ¿Dices que sí? Pues me subo de un brinco á la zaga de tu carro. ¡Hala, leoncitos!

Subimos como exhalación. Hermosa, hermosísima es la calle de Alcalá; sus deformidades la embellecen más. Sus jorobas son un nuevo encanto. No hay en el mundo calle más alegre. Todo en ella sonríe. La calle de Alcalá es un florido sumidero donde los madrileños arrojan, paseo arriba paseo abajo, todas las desdichas nacionales. Los buenos burgueses, al regresar de

la Castellana ó el Retiro, vienen, gozosos, saludando á los conocidos, recreándose en el ambiente placentero que les rodea; mas cuando tuercen hacia las calles laterales, camino de sus viviendas, fruncen el ceño; sus miradas se abaten al suelo... Es que salen á su encuentro, aguándoles la fiesta, los cuidados que dejaron en sus casas.

Continuando su veloz carrera hacia arriba la divinidad marmórea se vuelve hacia mí, y con gracioso desgaire me pregunta: «¿Adónde te llevo, hijo?»

—Hágame el favor, señora mía, de llevarme al Ateneo viejo, calle de la Montera... No, no; me he equivocado: al Ateneo nuevo, calle del Prado.

La gallarda divinidad tutelar de Madrid dirigió sus fogosos leones por la calle de Sevilla, siguió á todo galope por la del Príncipe; la muchedumbre nos abría paso, saludándonos con gran alborozo; al llegar frente al Teatro Español era tan nutrida la caterva de chiquillos que nos precedía chillando y brincando, que la diosa tuvo que parar un momento... Entonces advertí que los «golfillos» se habían familiarizado con los leones, tirándoles de las

barbas y acariciándoles las melenas. Los nobles animales apartaban suavemente con hocicadas á la turba angelical. Un momento después parábamos frente á una puerta monumental, en la cual vi muchedumbre de señores mayores y jóvenes impacientes, que al saludarme se quejaron amablemente de mi tardanza, dándome al propio tiempo la bienvenida. Bajé del carro, saludé cortésmente á la diosa, la cual, con su cortejo delantero y lateral de bulliciosos rapaces, siguió velozmente hacia el Prado.

Al entrar en el Ateneo me causó tal maravilla la hermosura del edificio, que se me vinieron á las mientes los versos cervantinos

Vive Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un millón por describilla...

Algo más hablé con los que me acompañaban hacia el espléndido salón de actos, pero sólo debo consignar estas lacónicas palabras, que ponen fin á mi conferencia. Señores y amigos, he dicho.

B. PÉREZ GALDÓS.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales oscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick*. *University Press*: Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes*: Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh*: Boston and London, Ginn and Co, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell*. *American Book Company*: New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.